

# TUSQUETS, UNA EDITORA EN COMPAÑÍA

por **Andreu Jaume**

Esther Tusquets (Barcelona, 1936-2012) nunca se definió como una editora de vocación, a la manera apasionada y heroica que exhibieron tantos profesionales del gremio en el siglo pasado. Para ella la edición había sido un regalo del destino que cayó en sus manos cuando su padre, Magín Tusquets, le compró Lumen, entonces un viejo sello religioso y didáctico, a su hermano Juan, un sacerdote franquista que había empezado su labor editorial durante la Guerra Civil.

De apenas veinte años y sin experiencia en el negocio, Esther se vio al frente de un proyecto incierto, con escasas perspectivas de éxito. Y quizá gracias a esa temeridad, ella y su equipo familiar—su padre administraba y distribuía y su hermano diseñaba— se lanzaron a crear un sello que le daría la vuelta a sus orígenes reaccionarios, siendo uno de los más vanguardistas del momento. En los primeros tiempos, Lumen publicó sobre todo libros infantiles y una colección de fotografía que terminó siendo de culto, Palabra e Imagen, que combinaba un texto inédito de un autor relevante del momento con fotografías de los mejores de la época. En términos económicos, la colección fue un desastre.

El mercado editorial estaba todavía dominado por Destino y Seix-Barral, los sellos que habían conseguido renovar el lúgubre panorama cultural de la posguerra, y faltaba aún mucho para que Anagrama y Tusquets nacieran. Sin embargo, Esther se atrevió a inaugurar una línea de narrativa y ensayo contemporáneos que se llamó, bajo la invocación de Antonio Machado,

Palabra en el Tiempo. Dirigida por Antonio Vilanova, que había sido profesor de Esther en la universidad, la colección se consolidó en su primera década con una lista excepcional de títulos, obras de James Baldwin, Mary McCarthy, Hannah Arendt, Iris Murdoch, Flannery O'Connor, Samuel Beckett, Joyce, Kafka. Aunaba el rescate de los grandes nombres de la primera mitad del siglo XX con la promoción de nuevos escritores. En aquellos años difíciles de censura, Lumen logró posicionarse como uno de los mejores sellos internacionales, aunque todavía con rendimientos económicos modestos.

La rentabilidad solo llegó con la publicación, primero, de las tiras de Mafalda—que Seix Barral había rechazado— y luego con el espectacular éxito de *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, quien era autor de la casa desde mediados de los sesenta, cuando también Barral había rechazado la publicación de *Apocalípticos e integrados*. La salud económica obtenida gracias a Eco y a Quino, *long sellers* defensivos, permitió a Esther seguir con su exigente tarea editorial sin preocuparse demasiado por la cuenta de resultados; gracias también, justo es reconocerlo, al empeño y mecenazgo de su padre.

Después de Palabra en el Tiempo, Esther encargó a José Batlló la creación de El Bardo, la colección de poesía icónica y aún viva, con el diseño inconfundible de Joaquín Monclús. Y a Xavier Roca la dirección de Palabra de Siempre, dedicada a los clásicos grecolatinos, con algunas traducciones magistrales. Femenino Singular, como antes la colección infantil ideada por Adela Turín que se llamó A Favor de las Niñas, destinada

a subvertir formas de comportamiento y normas de conducta, se adelantó a su época en la reivindicación de la literatura escrita por mujeres, lo mismo que el premio de novela que tuvo el mismo nombre.

A pesar de los éxitos y del prestigio, Esther nunca se dejó absorber por el mundo editorial. Los cocteles, relaciones públicas y ferias se avenían mal con su carácter tímido y retraído. Se ocupaba del riguroso control de las traducciones y, en general, de todos los aspectos artesanales del oficio, pero sentía una enorme pereza a la hora de tener que promocionar los libros. Más importantes que su catálogo eran para ella sus hijos, Milena y Néstor, su círculo de devotos amigos, sus sucesivos perros, las partidas de póquer hasta el amanecer, los paseos a bordo del *Tururut*—la última barca de madera que se hizo en Cadaqués— y nadar en Cap de Creus. Se declaraba “una perezosa contrariada”, a la vez conservadora e iconoclasta, enamoradiza y descreída, sensual y austera, saturnina y epicúrea.

Para Esther una editorial era sobre todo un lugar donde se sugieren títulos y proyectos. Ella tuvo la fortuna de contar con un grupo estelar de colaboradores, como Gabriel Ferrater, José María Valverde, Gil de Biedma o Ana Moix, que participaron en esa conversación particularmente fértil a lo largo de los años. Como recordaba a menudo Hannah Arendt, los romanos fueron los primeros en instituir la idea de cultura como un conjunto orgánico que se renueva y se modifica con cada intervención responsable. Una persona culta era para ellos alguien capaz de elegir compañía, entre las cosas, los hombres y las ideas, tanto en el presente como en el pasado. No se me ocurre mejor definición para Esther, que fue en ese sentido una persona profundamente cultivada, con un alto sentido de la amistad, de la estética y de la responsabilidad que le fue encomendada al frente de Lumen. ~

**ANDREU JAUME** es editor, traductor, profesor, poeta y ensayista.